

El arpa y la sombra, la Conquista y la construcción del espacio americano

Werner Mackenbach*

Recepción: 1 de agosto de 2005

Aprobación: 7 de julio de 2006

Resumen

En este artículo se analiza, en primer lugar, la construcción que del espacio americano ha realizado la imaginación europea en textos literarios de diversas épocas. Se presta especial atención a los relatos escritos por los cronistas del Nuevo Mundo a partir del siglo XVI. En segundo lugar, el estudio se dedica al análisis de la constitución espacial que efectúa Alejo Carpentier en la novela *El arpa y la sombra*. Se insiste en la parodización, eje estructurante de la obra carpenteriana, en tanto recurso para deconstruir los estereotipos europeos acerca de la representación de América Latina.

Palabras claves: Representación de Latinoamérica, formas espaciales de la literatura, literatura cubana, Alejo Carpentier, *El arpa y la sombra*.

Abstract:

In this article it is analyzed, in the first place, the construction that of the American space has made the European imagination in literary texts of diverse times. Special attention is paid to the stories written by the chroniclers of the New World from the XVIth. century. Secondly, the study is dedicated to the analysis of the space constitution that Alejo Carpentier carries out in the novel *El arpa y la sombra*. It is insisted on the parodization, structuring axis of the Carpenterian work, in as much resource to deconstruct the European stereotypes about the representation of Latin America.

Key Words: Representation of Latin America, Space Forms of Literature, Cuban Literature, Alejo Carpentier, *El arpa y la sombra*.

“Islas, islas, islas... De las grandes, de las mínimas, de las ariscas y de las blandas [...]” –dice la última novela de Alejo Carpentier *El arpa y la sombra*, publicada en 1979 y continúa– *“isla puesta en un arco-iris de peces-loros; [...] isla montada en espumas, como infanta haldada de encajes, isla con música de castañuelas e isla de bramantes fauces; isla para encallar, isla para vararse, isla sin nombre ni historia [...]”* (Carpentier, 1981: 141). Así, el cubano hace resaltar, hasta en el reflejo irónico de los apuntes del Almirante Cristóbal Colón del 28 de octubre de 1492, las coordenadas primordiales de la construcción de la imagen de América Latina en Europa y en la misma América Latina:

Fui sincero cuando escribí que aquella tierra me pareció la más hermosa que ojos humanos hubiesen visto. Era recia, alta, diversa, sólida, como tallada en profundidad, más rica en verdes-verdes, más extensa, de palmeras más arriba, de arroyos más caudalosos, de altos más altos y hondonadas más hondas, que lo visto hasta ahora

* Investigador de las Universidades de Costa Rica (CIICLA) y de Postdam, Alemania [wmackenbach@amnet.co.cr].

[...] Había que describir esa tierra nueva. Pero, al tratar de hacerlo, me hallé ante la perplejidad de quien tiene que nombrar cosas totalmente distintas de todas las conocidas –cosas que deben tener nombres, pues nada que no tenga nombre puede ser imaginado, mas esos nombres me eran ignorados y no era yo un nuevo Adán, escogido por su Criador, para poner nombres a las cosas. (1981: 141)

Por lo tanto, dar tiempo al tiempo: “Es ésta tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto”..., y por ahí seguimos, con afinación de epitalamio.» (ibid.: 112s., 114)

A partir de los primeros informes de los cronistas y los viajeros que se trasladaron hacia finales del siglo XV e inicios del XVI a raíz de la Conquista al «Nuevo Mundo», la percepción y la representación del espacio han contribuido, en forma determinante, a la construcción de la imagen de América en el pensamiento europeo. Sobre la base de la concepción espacial propia del Renacimiento, el espacio americano fue idealizado, demonizado, metaforizado y simbolizado. Ya en los primeros años de la Conquista se fue formando una serie de imagotipos, que no solamente influyeron durante siglos en la percepción europea de América y, en especial, de América Latina (si es que no la determinaron), sino que también actuaron y actúan en los procesos de construcción de una identidad latinoamericana propia.

En el ámbito de habla alemana, en ese sentido, cabe destacar los trabajos realizados por Siebenmann, tanto de manera individual (1992a y 1992b) como en coautoría con König (1992). En su estudio «Das Lateinamerikabild in Texten der deutschsprachigen Literatur» («La imagen de América Latina en textos literarios de habla alemana»), Gustav Siebenmann identifica diez imagotipos básicos presentes en textos alemanes, desde el primer contacto de los europeos con, según ellos, el «nuevo continente»: la proyección sobre el «Nuevo Mundo» de mitos de la Antigüedad y de la Biblia; América como lugar de la utopía; la «leyenda negra», campaña europea contra España y sus conquistas; América como El Dorado y tesoro de incontables riquezas; América como continente de la barbarie, del canibalismo y de la naturaleza perversa; América como región exótica de una naturaleza extensa y solitaria e indomable; América como lugar del buen salvaje, con la variante de las amazonas; los americanos como mejores seres humanos que los europeos degenerados; América como el continente saqueado por los europeos y el capitalismo, imagotipo presente en las teorías de la dependencia y del desarrollo; América como lugar de la alteridad, como concepto antropológico. (ver Siebenmann, 1992b: 17) A partir de mis investigaciones, especialmente sobre textos de viajeros de habla alemana que circulan por Centroamérica, he llegado a la conclusión de

que a estos diez imagotipos debe añadirse uno más. Este puede formularse de la siguiente manera: los americanos considerados como seres humanos inferiores en comparación con los europeos «civilizados», expresión de un racismo más o menos abierto y declarado contra los indígenas (población primigenia de América) y los mestizos (producto de la mezcla con los europeos). (ver Mackenbach, 1998: esp. 159)

Es harto conocido que el primer documento textual europeo en dar cuenta de la percepción del «Nuevo Mundo» es, en diversos sentidos, de carácter poco fiable. En primer lugar, los viajes de Colón y sus informes se basaron en la equivocación fundamental de buscar y finalmente hallar las Indias, certeza de la cual el Almirante nunca llegó a liberarse ni siquiera después de su cuarto y último viaje. El llamado «descubrimiento» del continente, posteriormente llamado América, aquel 12 de octubre de 1492 fue consecuencia directa de un desvío del trayecto trazado el 7 de octubre, que habría conducido a las embarcaciones españolas directamente a las costas de la actual Florida. Dicho desvío fue motivado por la advertencia de una bandada, que presumiblemente se dirigía hacia tierra firme, y por la amenaza de un motín. (véase Ete, 2001: 85) Como bien sabemos, el *Diario de abordo* no nos ha llegado en su forma original, es decir, como lo escribió el Almirante, sino a través de la recopilación y transmisión del dominico Fray Bartolomé de las Casas. Su trabajo data de los años 30 del siglo XVI y se basa en la *Copia Barcelona*, encargada por la Reina Isabel de Castilla y el Rey Fernando de Aragón. Estos son únicamente algunos detalles de la confusa historia de difusión y edición de los diarios de Colón. (ver ampliamente Reinhardt, 2000)

Incluso la autenticidad de lo presentado en el *Diario de abordo* debe ser cuestionada.¹ Colón percibe el “Fremdraum” (“espacio extraño”) del nuevo mundo como un alejamiento de lo conocido hasta entonces. En sus descripciones de la flora y fauna y de los habitantes de este espacio desconocido, predomina el asombro generado por esta forma distinta de ser, que adopta especialmente la forma de una idealización como *locus amoenus*, pero también de una visión espantosa o *locus terribilis*. Estos son los tópicos que determinan fundamentalmente la percepción de América Latina hasta la actualidad. En cuanto al último, tuvo su auge en el siglo XVI con las «dificultades de la planicie» en la terminación de la Conquista.

Sin embargo, en contraste con la sequedad de estilo de los textos escritos por Colón (apuntes, citas literales de sus relatos y cartas), la exaltación del relato, plasmada desde el día del primer encuentro con el nuevo continente hasta la escenificación de la pérdida del habla (intertextualmente mostrada en la novela

de Carpentier), no debe verse únicamente como resultado del asombro individual del viajero europeo, pues la determinan las coordenadas de los juicios de valor occidentales, sus ideales y concepciones espaciales.

“Mejor me vuelvo hacia los poetas que a veces, en bien medidos versos, pronunciaron verdaderas profecías”—deja Carpentier hablar al Almirante en su novela y continúa—

Abro el libro de las Tragedias de Séneca que me acompaña en este viaje. Me detengo en la tragedia de Medea, [...] / Tomo una pluma y traduzco, según mi entender, en el castellano que aún manejo con alguna torpeza, esos versos que muchas veces habré de citar en el futuro: “Vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamentos de las cosas y se abrirá una gran tierra, y un nuevo marino como aquel que fue guía de Jasón, que hubo nombre Típhi, descubrirá nuevo mundo, y entonces no será la isla Thule la postrera de las tierras. (Carpentier, 1981: 70, 71)

En este sentido, al igual que los demás descubridores, viajeros y conquistadores, Colón no lleva únicamente un equipaje de historia cultural europea a bordo: su pensamiento y su percepción del «Nuevo Mundo» están matizados por la transición de la Edad Media al Renacimiento. El pensamiento cristiano-religioso de la Edad Media considera a la naturaleza como una prueba del poder celestial y, a la vez, una tentación, mientras que el pensamiento humanista del temprano Renacimiento la considera como el aquí y el ahora dominado por el ser humano, la medida de todas las cosas. (ver Fuentes, 1990: 50s.)

La fuerza de ambas influencias en Colón se evidencia especialmente en la figura del paraíso sobre la tierra, que él (así como los viajeros posteriores) utiliza constantemente para describir lo nuevo. Ante las enormes porciones de agua dulce del Orinoco observadas en su tercer viaje, Colón anota que son «grandes indicios» del «Paraíso terrenal» y que el lugar corresponde a la concepción “de estos santos y sanos teólogos”. Él no había leído o escuchado nada acerca de semejante cantidad de agua dulce tan cerca de agua salada y no se conoce ningún otro río tan grande y profundo sobre la tierra. (Fernández de Navarrete, 1986: 267) En *El arpa y la sombra*, Carpentier parodiza este pretendido hallazgo del paraíso sobre la tierra, presentándolo como solución al fracaso de la búsqueda de riquezas más reales y terrenales:

Y ahora... ¡bueno! No hallé la India de las especies sino la India de los Caníbales, pero... ¡carajo! Encontré nada menos que el Paraíso Terrenal. ¡Sí! ¡Que se sepa, que se oiga, que se difunda la Grata Nueva en todos los ámbitos de la Cristiandad!... El Paraíso Terrenal está frente a la isla que he llamado de la Trinidad, en las bocas del Drago, donde las aguas dulces, venidas del Cielo, pelean con las saladas —amargas por las muchas cochinas de la tierra (Carpentier, 1981: 153)

Como lo desarrolla Andrea Mahlendorff en su estudio *Literarische Geographie Lateinamerikas. Zur Entwicklung des Raumbewußtseins in der lateinamerikanischen Literatur* («Geografía literaria de América Latina. Acerca del desarrollo de la conciencia espacial en la literatura latinoamericana», 2000), las descripciones evidencian concepciones extratextuales del espacio que predominaban en aquella época. La influencia más patente es la bíblica, específicamente a través del Génesis. (ver Mahlendorff, 2000: 79). A la cual habría que agregar, entre otras, las influencias de las profecías de Séneca, Dante, de leyendas clásicas como la de la mítica Atlántida, el *Libro de los milagros* de Mandeville, etc. A la vez, su texto representa esas concepciones acerca de la localización concreta de este lugar paradisíaco, que obedecen a la obsesión renacentista de medir la Tierra (con el objetivo, por ejemplo, de determinar la proporción de tierra y agua) y que, a lo largo del siglo XVI, se fueron condensando en teorías pseudocientíficas. Al respecto, señala Antonio de León Pinelo, nombrado cronista del Nuevo Mundo en 1658, en su libro, publicado dos años antes, *El paraíso en el Nuevo Mundo*:

Absicht und Hauptanliegen dieses Kommentars ist es, die Lage des Paradieses auf Erden zu erforschen [...] / Die achtzehnte und letzte [Theorie; W.M.] nennt als Ort des Paradieses einen anderen, von Asien, Afrika und unserem Europa getrennten Kontinent. Und dies ist die Theorie, der ich aufgrund ihres Alters vorhabe zu folgen und deren Aktualität ich aufzeigen möchte, wobei der Nachweis, auf den Kontinent der Neuen Welt bezogen, erbracht wird. [...] / Als erstes sei die Fruchtbarkeit jeder Art von Früchten, Kräutern und Pflanzen genannt. (León Pinelo, citado por Strosetzki, 1991: 55, 58, cfr. 18-20)²

Y el autor no olvida describir la utilidad material y terrenal de tal riqueza: melones tan grandes que no pueden ser levantados del suelo y que pesan cuatro arrobas con tres libras (~46 kg), rábanos que bajo sus hojas pueden sombrear a cinco caballos o lechugas que pesan 7,5 libras. (ver *ibid.*: 67ss.)

Entre otras contradicciones, los viajes de Colón están marcados por la paradoja de buscar el lugar de la utopía, del no lugar, sobre la tierra. Son viajes temporales hacia el pasado, en busca del paraíso perdido, de la Edad de Oro. Sin embargo, también son viajes hacia el futuro inmediato que se despliega aquí y ahora, a través del espacio, su denominación, su apropiación y su instrumentalización: todo un viaje terrenal. No en vano escribe el Almirante, poco antes de finalizar su primer viaje el 15 de marzo de 1493, en su carta a Luis de Santangel (fecha 15 de febrero): “En conclusión, a hablar d'esto solamente que se a fecho este viage, que fue así de corrida, que pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro quanto ovieren menester con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán agora [...]” (Colón, 1982: 145) Al muy codiciado

y prometido oro le sigue una larga lista de bienes deseados como la «speciería», el «algodón», «almástica», «lignaloe», «rulbarvo», «canela», pero también los «esclavos» –«cuántos mandarán cargar» (ibid.).

El paso triple «desear-ver-nunca dejar», con el cual Fernando Aínsa (1977: 96) describe el proceso de la Conquista de América Latina a través de los «descubridores», debe más bien ampliarse con dos pasos más: «desear-ver-nombrar-poseer-nunca dejar»³. Estos pasos de la percepción y la apropiación por parte de Colón fundan una tradición europea, así como literaria de la percepción y representación de América Latina. La resonancia de dicha tradición se advierte, desde el temprano siglo XVI, en el libro *Décadas del Nuevo Mundo* escrito por el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería, nombrado cronista del Nuevo Mundo en 1510. Este libro fue traducido, en menos de treinta años, al italiano, el inglés, el alemán, el portugués, el latín, el francés y el holandés. Las estrategias narrativas de Mártir, propagandista nato y quizá primer periodista de viajes, determinaron las concepciones europeas del Nuevo Mundo, lo cual se comprueba, por ejemplo, en el vocabulario, pues se acuñan términos suyos como «islas occidentales» y «Antillas» (ver Mártir, 1944), esto a pesar de que Mártir nunca visitó el continente americano. Por su impacto en dichas concepciones, también cabe mencionar las estrategias gráficas del calvinista originario de Flandes y emigrado a Frankfurt, Theodor de Bry, quien ilustró informes, crónicas y cartas del «Nuevo Mundo» con grabados en cobre y algunos a color en su obra monumental *América*, escrita entre 1492 y 1612 en 14 tomos (véase Sievernich, 1990). Al igual que Mártir, nunca puso pie en tierras americanas. Por otro lado, el asombro suscitado por las riquezas naturales aparece continuamente en la literatura latinoamericana posterior, como en las novelas *Os sertões* de Euclides de Cunha, *Canaima* de Rómulo Gallegos, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, *Gran sertón* de Guimarães Rosa y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, por mencionar algunas. (ver Fuentes, 1990: 51)

Irónicamente, también la novela de Carpentier manifiesta este asombro y lo deconstruye gracias a la parodia, porque las riquezas buscadas por el viajero son de valor inmediato: “Todo nuevo, raro, grato a pesar de su rareza; pero nada muy útil hasta ahora. Ni Doña Moscada, ni Doña Pimienta, ni Doña Canela, ni Doña Cardamoma, asomaban aquí por ninguna parte” (Carpentier, 1981: 114) He aquí una fuente, un punto de partida de lo real maravilloso en la literatura del autor cubano.

Por medio de la representación de concepciones extratextuales y extraliterarias del espacio en el texto mismo, es decir, en la literatura, se introduce la funcionalización e instrumentalización de la metaforización

del espacio y la utilización de metáforas espaciales para la descripción de sucesos y situaciones incluso en los primeros textos de los descubridores, conquistadores y viajeros. Ya en las relaciones, Colón insiste sobre la referencialidad inmediata entre lo visto por él, lo escuchado, lo vivido y lo contado por él, lo cual se pone nuevamente al servicio de la representación metafórica del espacio vivido como vía para expresar sentimientos.

“Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros Señores [...]” –se dice al inicio de la versión del *Diario* recopilada por Las Casas,

...vuestras Altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores della y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y herejías, pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de Indias para ver los dichos príncipes, y los pueblos y tierras, y la disposición dellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión dellas a nuestra santa fe, y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra de andar salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta que haya pasado nadie (Fernández de Navarrete, 1986: 119s.)

No en vano, como lo hace notar la cita anterior, los reyes españoles ennoblecen el Almirante aun antes de su primer viaje. Incluso su misión es matizada con el uso de la metáfora del paraíso, que él afirma haber encontrado en la Tierra. Le otorga, por decirlo de alguna manera, capacidades divinas, como bien se puede notar en la mencionada carta del 15 de febrero de 1493 al referirse a los habitantes de la Hispaniola (Haití actualmente):

La gente d'esta isla y de todas las otras que he fallado y havido ni aya avido noticia, andan o todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, haunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una fola de yerva o una cosa de algodón que para ello fazen (Colón, 1982: 141)

Toda la empresa de conquista de Colón se vuelve metáfora del triunfo de los Reyes Católicos y de la religión cristiana «adonde toda la cristiandad deve tomar alegría y fazer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad con muchas oraciones solemnes» (ibid.: 146) y “que será la mayor honra de la cristiandad, que así ligeramente haya jamás aparecido”, como se puede leer en la última entrada del *Diario* de su primer viaje, fechada 15 de marzo de 1493 (Fernández de Navarrete, 1986: 212).⁴

En la novela de Carpentier, esta santificación se convierte en el remedio final, la última razón de ser de la empresa de Colón, sólo porque fracasa en su propósito de encontrar las Indias de las especias y plantas y, principalmente, del oro:

Cuando yo descubrí las Indias dije que era el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especierías con los tratos y ferias, y porque no apareció tan presto fui escandalizado. [...] ¿Y qué hacer, ahora [...] ¿ Colmar, sencillamente, el máximo anhelo de la Cristiandad —el que se malogró en ocho Cruzadas. [...] “Jerusalem y el monte Sión ha de ser reedificado por manos de cristianos (Carpentier, 1981: 155, 156)

El escogido por su Señor, Cristóbal Colón, es deconstruido por medio de la parodia y es visto como un estafador únicamente interesado en el enriquecimiento material y que utiliza el discurso cristiano para sacar provecho de su empresa por lo menos en el tráfico de esclavos, inventando como justificación el canibalismo por estar «irritado ante esos indios que no me entregan su secreto» y «nos disparan flechas» (ibid.: 142):

Ya que no doy con el oro, pienso yo, puede el oro ser substituido por la irremplazable energía de la carne humana, fuerza de trabajo que se sobrevalora en aquello mismo que produce, dando mejores beneficios, en fin de cuentas, que el metal engañoso que te entra por una mano y te sale por la otra... (ibid.: 143)

A partir de los primeros textos de los conquistadores y viajeros, se establece una larga tradición de la semantización de metáforas no espaciales y de la utilización de metáforas espaciales. Ambas se desprenden de la concreta percepción y representación espaciales, tanto en la literatura europea sobre América Latina como en la literatura latinoamericana misma. Desde Domingo Faustino Sarmiento pasando por Andrés Bello, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, Roberto Arlt, Alejo Carpentier, Ciro Alegría, José María Arguedas, las novelas del *boom* y la literatura testimonial se desarrolla esta línea. Las metáforas espaciales (la selva, la pampa, las montañas, la vorágine, la ciudad, el laberinto, la celda, etc.) utilizadas con el fin de representar e interpretar eventos y condiciones no espaciales, juegan un papel primordial incluso en espacios interiores, íntimos, y en espacios imaginarios como en la obra de Borges, Onetti y Cortázar. (véase Mahlendorff, 2000)

Paradigma de esta composición resulta la novela de Carpentier *El arpa y la sombra*, en la que el autor cubano construye una reflexión irónica. A través de esta, muestra cómo la percepción y representación

espacial de Colón se encuentran fijadas en la metáfora espacial de la isla como expresión del estar perdido frente a lo nuevo, paradisiaco e infernal:

Islas, islas, islas» –se exclama en un tono desesperado– [...] Más de cinco mil islas rodean, según las crónicas de los venecianos, el gran reino de Cipango. Luego estoy en las inmediaciones de ese gran reino... Y sin embargo, a medida que transcurren los días, veo alejarse el color del oro, porque, si bien el metal sigue apareciendo, aquí, allá, bajo forma de adornos, figulinas, cuentecillas, trozos –casi nunca llegan al tamaño de una mano de buen genovés– no pasa todo esto de ser migajas, leves escarbaduras, mínimas virutas de una gran veta que no acaba de aparecer (Carpentier, 1981: 141s.)

¿Ofrece acaso el texto, en este sentido, un espacio fijo y seguro? En el ampliamente documentado y novedoso estudio de Ottmar Ette, *Literatur in Bewegung* («Literatura en movimiento», 2001), el autor le dedica especial atención a esos lugares fijos y a los movimientos en el espacio textual, en particular a los presentes en los textos inaugurales de la Conquista. Retomemos, entonces, desde esta perspectiva, el *Diario* de Colón. Siguiendo el análisis de Ette en cuanto a la importancia de los diversos lugares a lo interno de un texto y su carga semántica para la comprensión del todo textual (en especial se refiere a: la despedida, la llegada, el clímax, el regreso; ver Ette, 2001: 48-62), se pueden identificar lugares claramente definidos en el *Diario de abordo* de Colón: la carga semántica de sus palabras introductorias (= despedida); la entrada del 11 al 12 de octubre: la primera vista de tierra en forma de una luz «como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba» (Fernández de Navarrete, 1986: 129); los múltiples clímax en el «descubrimiento» del «Nuevo Mundo»; finalmente la carta a Luis Santangel y la última entrada del 15 de marzo de 1493 (= regreso). A estos lugares en el texto les corresponde el círculo, tanto como figura de movimiento topográfico como hermenéutico de la empresa espacial de Colón:

...because with Columbus, arrival always includes return. The circle structure as a topographical as well as a hermeneutic figure dominates the entire dynamics of this first travelogue from America. Only the return to Europe –and the early reports of this discovery that follows afterwards– make it possible that a good part of the New was created in the Old World. The return alone gives the travel movement of Columbus a meaning. Not only under the sign of the cross, but also under the sign of the circle the American dreams are transformed, compulsively and compulsorily, into American realities (Ette, 2003: 53)

Esta estructura circular se repite en la novela de Alejo Carpentier, en múltiples sentidos y, una vez más, de forma paródica. El viaje emprendido por Colón en *El arpa y la sombra*, desde el lecho mortal y en

espera de un confesor, es una travesía hermenéutica al interior que repasa sus cuatro viajes topográficos. Este viaje al interior, que acontece en la segunda parte de la novela titulada «La mano», deconstruye el signo de la cruz y refuerza el del círculo. Toda la empresa espacial de Colón se orienta hacia el enriquecimiento del Viejo Mundo. También las tramitaciones de su fallida beatificación (Pío IX en la primera parte, «El arpa», y León XIII en la tercera, «La sombra») dependen de las ventajas y desventajas que dicho acto supone para la Europa cristiana del siglo XIX, sumida en una crisis provocada por las amenazas del Racionalismo y la Ilustración. El espacio textual de la novela misma subraya esta estructura cerrada: las tres partes se complementan como un tríptico, otro recurso paródico para representar una historia poco cristiana.

Asimismo, analizando la estructura espacial y la dinámica espacial del texto desde ese punto de vista, se evidencia que el espacio (latino)americano fue generado desde la percepción europea y construido en función de concepciones e intereses europeos, así como fue metaforizado, hecho accesible y «puesto al alcance». Los primeros textos de los descubridores, conquistadores y viajeros muestran una multiplicidad de movimientos topográficos y hermenéuticos, es decir, no se reducen a la estructura circular del texto de Colón. Esta multiplicidad de movimientos se prolongan en la literatura latinoamericana, tal y como lo constata Ette en diversos textos contemporáneos y como también se evidencia en mi libro acerca de la novela nicaragüense de los años 80 y 90. (véanse Ette, 2001: 62-80, 89-117; Greenblatt, 1995: 24; Mackenbach, 2004, 348-435) La percepción y representación espaciales han estado vinculadas a la búsqueda de una identidad en la literatura latinoamericana. Su persistencia plurívoca pareciera apuntar hacia la relevancia del espacio, lo cual puede resultar paradójico debido a la constante reducción del espacio. Aparentemente, en la literatura hispanoamericana contemporánea, las coordenadas del espacio exterior pierden su función de proveer una identidad, dado que los movimientos hermenéuticos se dirigen cada vez más hacia lo interior, hacia lo imaginario. Este espacio sigue siendo infinito y, en gran parte, no ha sido estudiado.

«¡Espacios, espacios, espacios – metáforas, metáforas, metáforas!» podríamos exclamar con respecto a este laberinto de representaciones y semantizaciones espaciales que aluden al desconcierto de Colón irónicamente representado en la novela de Carpentier. También podríamos preguntar: ¿dónde permanece la verdad del espacio?, ¿se encuentra acaso, tal y como nos lo dice Carpentier (1981: 141), en

«migajas, leves escarbaduras, mínimas virutas» encontradas en el texto? Ciertamente, en este sentido, el espacio textual de la literatura hispanoamericana también es un espacio abierto, una obra abierta como lo plantea Umberto Eco, es decir, una «obra en movimiento». (véase Eco, 1976: 157, citado en Ette, 2001: 105)

Sin duda alguna, *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier es un ejemplo sobresaliente de esta literatura en movimiento presente en la narrativa latinoamericana, un palimpsesto paródico basado en los relatos y cartas de Cristóbal Colón y las tramitaciones de su (fallida) beatificación, así como un espacio dinámico en el que se encuentran, se cruzan, se rozan y se desencuentran Europa y América.

Notas

¹ Ver al respecto el cuestionamiento de la autoridad textual propuesta por Greenblatt (1995: 25) como uno de los principios de las nuevas tendencias en la investigación internacional (ibid.: 22).

² «La intención y el interés fundamental de este comentario es investigar la ubicación del paraíso sobre la tierra [...] / La última teoría, la no. 18, ubica el paraíso en otro lugar, otro continente que está separado de la Asia, África y nuestra Europa. Esta es la teoría, la cual quiero defender por su larga trayectoria e historia y cuya actualidad quiero mostrar, en relación con el continente del Nuevo Mundo. [...] / Primero, hay que destacar la fertilidad de cualquier tipo de frutas, hierbas y plantas.» (traducción del alemán por Werner Mackenbach)

³ Véase Boelhower, 1995: 72s., 81, 86, 97s.; sobre la conquista de Norteamérica: 101s.

⁴ Véase, en especial acerca del contexto de la Reconquista, Greenblatt, 1995: 37s.

Bibliografía

Aínsa, Fernando. 1977. *Los buscadores de la utopía. La significación novelesca del espacio latinoamericano*, Caracas: Monte Ávila Editores.

Boelhower, William. 1995. "The Archives of Paradise: Staring Over in the New World", en: *Bottalla/Calderaro*, 71-102

Bottalla, Paola/Calderaro, Michela. 1995. *Counting & Recounting. Measuring Inner and Outer Space in the Renaissance*, Trieste: Edizioni La Mongolfiera.

Carpentier, Alejo. 1981. *El arpa y la sombra*, La Habana: Editorial Arte y Literatura.

Colón, Cristóbal. 1982. *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memorias*, edición, prólogo y notas de Consuelo Varela, Madrid: Alianza.

Eco, Umberto. 1976. *Opera aperta*, Milán: Bompiani.

Ette, Ottmar. 2001. *Literatur in Bewegung. Raum und Dynamik grenzüberschreitenden Schreibens in Europa und Amerika*, Weilerswist: Velbrück Wissenschaft.

Ette, Ottmar. 2003. *Literature on the Move*, Amsterdam y Nueva York: Rodopi.

Fuentes, Carlos. 1990. *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Fernández de Navarrete, Martín. 1986. *Viajes de Colón*, México, D.F.: Editorial Porrúa.

Greenblatt, Stephen. 1995. «Columbus Runs Aground: Christmas Eve, 1492», en: *Bottalla/Calderaro*, 13-39.

León Pinelo, D. Atonio de. 1943. *El paraíso en el Nuevo Mundo*, ed. por V. Raúl Porras Barrenechea, Lima.

Mackenbach, Werner. 1998. «De notas que uno ha copiado de otro ... Nicaragua a mediados del siglo XIX, vista por dos viajeros alemanes», en: *Vannini/Kinloch*, 151-163.

----- 2004. *Die unbewohnte Utopie. Der nicaraguanische Roman der achtziger und neunziger Jahre*, Frankfurt am Main: Vervuert Verlag.

Mahlendorff, Andrea. 2000. *Literarische Geographie Lateinamerikas. Zur Entwicklung des Raumbewußtseins in der lateinamerikanischen Literatur*, Berlin: edition tranvía, Walter Frey.

Mártir de Anglería, Pedro. 1944. *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Bajel.

Reinhardt, Thomas. 2000. "Wilde waren schon immer vernünftiger. Ein patriotischer Spanier fälscht in den sechziger Jahren das Bordbuch des Christoph Kolumbus, und niemand hat bis heute etwas davon gemerkt", en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 4 de mayo.

Siebenmann, Gustav. 1992a. "Methodisches zur Bildforschung", en: *Siebenmann/König*, 1-17

----- 1992b. "Das Lateinamerikabild in Texten der deutschsprachigen Literatur", in: *Siebenmann/König*, 181-207.

Siebenmann, Gustav/König, Hans-Joachim (eds.), 1992: *Das Bild Lateinamerikas im deutschen Sprachraum. Ein Arbeitsgespräch an der Herzog August Bibliothek Wolfenbüttel, 15.-17. März 1989*, Tübingen: Max Niemeyer.

Sievernich, Gereon. 1990. *América de Bry*, Berlín y Nueva York.

Vannini, Margarita/Kinloch, Frances (eds.). 1998. *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX*, Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica Vervuert Verlag.